

1. EDITORIAL
3. LA CULTURA NUESTRA DE CADA DÍA  
Carmen Murillo.
15. LATINO SOY: CUMBIA POR EL GRUPO LA EMPRESA  
Oscar Fonseca
22. GRAFFITI: LA PARED COMO TESTIMONIO  
Guillermo Barzuna
27. LA SECA: PESCA TRADICIONAL  
Guiselle Chan  
Alfredo González  
Fernando González
33. HISTORIA DE LOS PRIMEROS GANADOS EN COSTA RICA  
Carlos Dávila
40. LA PARRANDA GUANACASTECA  
Razziel Acevedo
45. LA CREACIÓN DE ESPACIOS PROTEGIDOS EN LA REGIÓN DE TALAMANCA  
Tobías Meza
57. EXPRESIONES CULTURALES MAYAS  
Róger Martínez C.
69. NUESTRO PATRIMONIO DOCUMENTAL  
Bernal Rivas
76. GUADALUPE URBINA Y EL VOLCÁN DE SU CANCIÓN  
María Lourdes Cortés.
81. COSTA RICA: ALGUNOS RASGOS DEMOGRÁFICOS  
Guillermo Carvajal.
91. CREENCIAS Y PRÁCTICAS RITUALES EN NUESTRA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA  
Janina Bonilla
- 97.. ARQUITECTURA COSTARRICENSE DE INFLUENCIA VICTORIANA  
Gerardo Chavarría
102. SOBRE IDENTIDAD NACIONAL  
Alvaro Quesada
111. LA ARQUEOLOGÍA DE NUESTROS TATARABUELOS  
Floria Arrea S.
119. PATRIMONIO CULTURAL Y CRITICA POETICA  
José Gabriel Sánchez
125. ESTRATEGIA CULTURAL PARA EL DESARROLLO SOSTENIBLE.  
Segunda parte: Políticas.  
María Eugenia Bozzoli de Wille  
Carmen Cubero
135. HACIA LA DEFINICION DE LA IDENTIDAD GUANACASTECA Y NACIONAL.  
Dante Polimeni



# LA CULTURA NUESTRA DE CADA DIA

Carmen Murillo Chaverri

## INTRODUCCION

«Vivimos la cultura, sin duda, a cada momento de nuestra existencia como miembros de una sociedad. Tomamos parte activa ante la cultura de cada día, bien sea como portadores, reproductores, creadores, modificadores o críticos. Somos agentes culturales.»

No obstante, lo cotidiano de las prácticas culturales en que nos desenvolvemos, por la familiaridad con que son asumidas, tienden a limitar una visión de conjunto de la realidad cultural del país, que conduzca a la reflexión sistemática de los condicionantes estructurales que intervienen en su génesis, arraigo y transformación.

El postergar esta tarea expone a sectores sociales, grupos étnicos, comunidades y a la sociedad entera, a diversos grados de indefensión ante el embate del desarraigo y la alienación cultural, que acompañan a la dominación económica y política, gestadas históricamente tanto en el seno del país, como en el plano internacional.

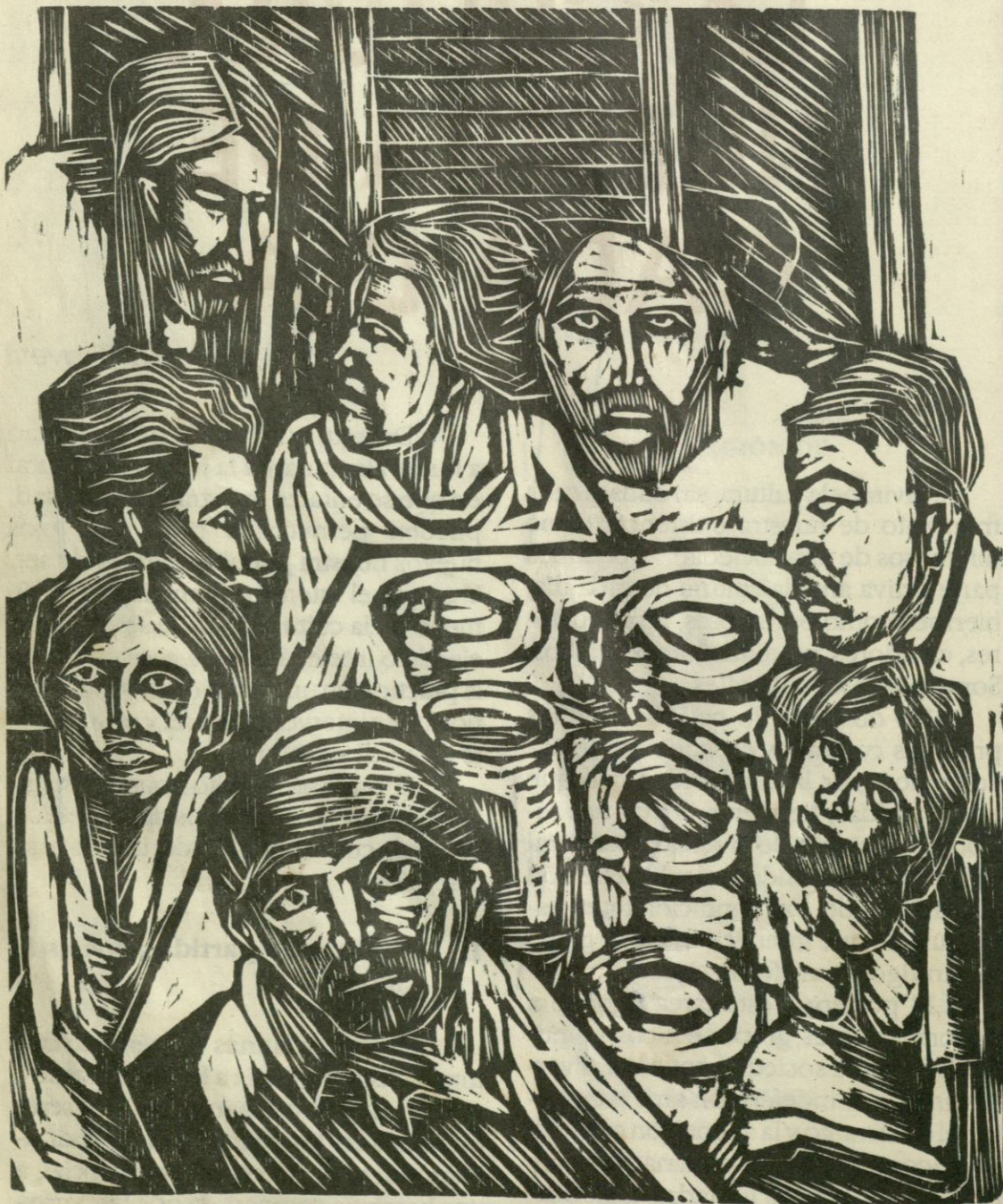
«De aquí que la reflexión en torno a nuestra cultura y a la herencia cultural en que se enraíza nuestra nacionalidad, pueden permitirnos mirar con ojos nuevos nuestra peculiar manera de ser. Y es que el interés por analizar el fenómeno de la cultura dista de ser un mero ejercicio intelectual para convertirse en la práctica, en una toma de posición que posibilite intervenir directa y activamente en su desarrollo.»

El presente escrito apunta a señalar algunos ejes de análisis de la cuestión cultural, con el interés de invitar a su discusión.

## 1. El punto de partida ¿Qué es la cultura?

«Las raíces latinas del término cultura hacen referencia a lo "lo cultivado", a todo aquel quehacer de los seres humanos en donde media el aprendizaje producto de su convivencia social; a una herencia compartida que les permite destacarse entre otras especies animales.»





Desde esta perspectiva, no resulta válida la imagen que plantea como sinónimos a la cultura y a la educación formal. En nuestro medio, por ejemplo, resulta frecuente la identificación de los niveles culturales de determinadas personas o grupos, por la alusión a sus modales, léxico o intereses intelectuales y artísticos, lo que da como consecuencia la imagen estereotipada y por ende, contrapuesta, de los "cultos" y de los "incultos".

Un enfoque como el anterior distorsiona la percepción que pueda lograrse sobre la cultura, ya que limita sus alcances. Contrastando, podemos señalar que tan expresión cultural es la imagen estética lograda por el artista en su estudio o la conferencia dictada por un afamado intelectual, como el conocimiento que posee nuestro hombre de campo sobre cómo y cuándo podar sus cultivos en concordancia con las fases de la luna o el chiste sobre el personaje político o la situación actual que escuchamos en la pulpería.

Al refutar la visión "cultos-incultos", tiende a imponerse una concepción que señala a la cultura como todo aquello que el hombre hace. Siendo correcta en su fondo, la generalidad de esta postulación además de distorsionar los contornos del fenómeno cultural, tiende a deshistorizarlo y en consecuencia a desviar la atención respecto a abordar cuestiones fundamentales como lo son atender a sus causas y al papel que cumple la cultura en la sociedad. Para efectos analíticos se torna, pues, imperativo, el buscar una manera más precisa de entender eso que llamamos cultura.

Podemos comenzar por señalar que la cultura no es un fenómeno individual; nace de las relaciones sociales que se establecen en el seno de la sociedad y en concordancia, refleja una gama compleja de intereses y aspiraciones.

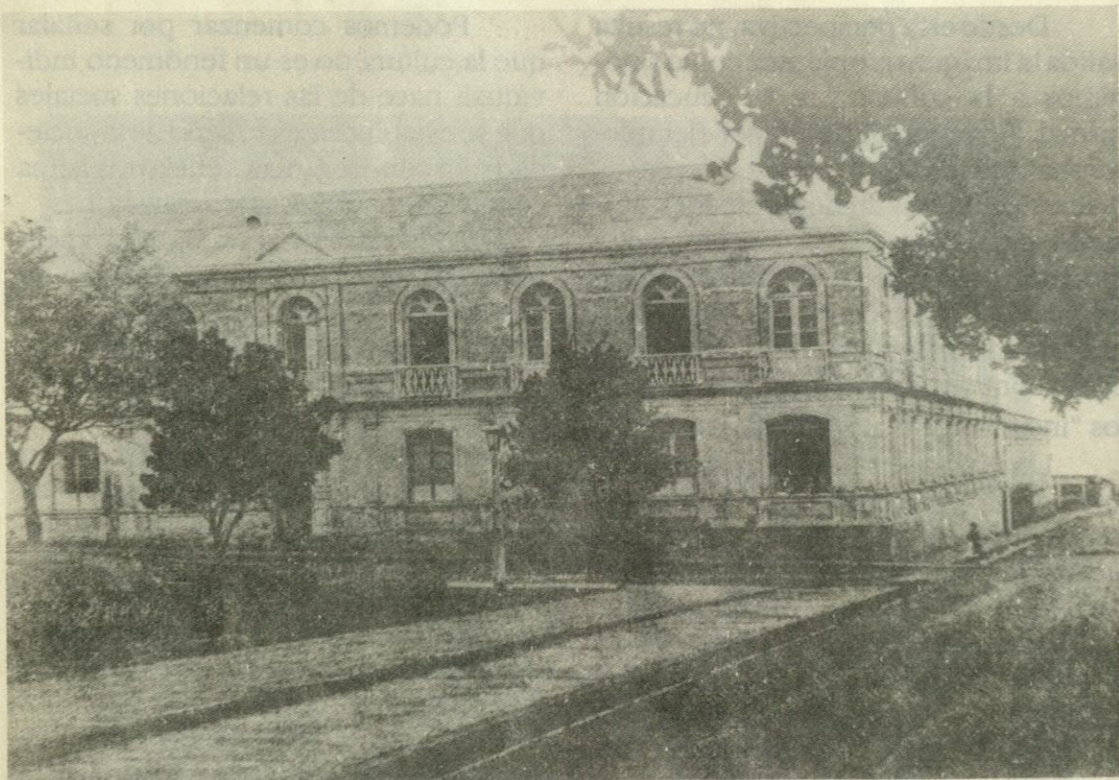
Puede decirse, con García Canclini (1984), que la cultura es un tipo de producción de fenómenos simbólicos que dan sentido a la estructura social y que posibilitan su comprensión, reproducción y transformación.

En consecuencia, se trata de un esquema que otorga significación a las relaciones que cotidianamente establecemos con personas y cosas en nuestro entorno social. Mediante este esquema, además de explicar, es posible perpetuar y también cambiar el carácter de esas relaciones.

En términos generales, hay un sentido cultural en las cosas que hacemos, los vínculos que establecemos y en nuestra forma de ver el mundo.

Detengámonos en el análisis del ejemplo que presentamos a continuación, a fin de reconocer algunos problemas fundamentales en torno a la conceptualización del fenómeno cultural. Si repasamos en nuestra memoria las actividades que realizamos en un día común, nos percatamos que el conjunto de acciones e interacciones que desplegamos se guían por un sentido que las justifican ante nuestros ojos y ante los demás. Así, poseemos una manera peculiar de concebir lo que constituye un vestuario adecuado a las actividades que ejecutamos durante el día, un horario y forma determinados de realizar nuestro aseo diario, unos gustos específicos para escoger y procesar los alimentos que se consumen, una manera pecu-





liar de dividir el trabajo doméstico en el grupo de convivencia y de justificar esta situación, así como determinadas opiniones respecto de las noticias que recibimos por medio de la radio o el periódico, ciertas expresiones lingüísticas para relacionarnos con los miembros de nuestra familia y con quienes no lo son, además de creencias respecto a precisar nuestro estado de salud o de enfermedad. Al salir de casa para dirigirnos al lugar de estudio o trabajo por lo general hacemos uso de un determinado medio de transporte: una vez allí, desarrollamos comportamientos diferenciales para relacionarnos con el compañero y con el superior jerárquico, entendemos de una manera particular nuestro papel en ese contexto y expresamos o sugerimos por diferentes medios nuestra conformidad o disconformidad respecto de las

tareas asumidas. Al caer la tarde, seguramente ejecutamos alguna actividad considerada como recreación y al retirarnos a dormir, es posible que busquemos evitar la sustracción de determinados bienes que consideramos valiosos y de nuestra propiedad privada.

A partir de la descripción de éstas u otras facetas de la realidad cultural propia, cabe tomar perspectiva respecto de otras formas de vida cotidiana en diversos puntos del territorio nacional y en distintos contextos socioeconómicos, bien sea en la actualidad o mirando al pasado. Por una parte encontraremos la existencia de coincidencias significativas respecto de prácticas, hábitos, gustos, creencias e ideas. Asimismo, pueden destacarse diferencias, con distintos niveles de profundidad.

Ante la complejidad del fenómeno resulta necesario definir una estrategia de análisis que, trascendiendo la descripción, busque atender las causas que están sustentando esas manifestaciones y que en consecuencia, sea capaz de reconocer tendencias y líneas de acción.

## 2. ¿Cómo entender la cultura?

El análisis de la cultura puede situarse a partir de tres grandes dimensiones gestadas históricamente y que poseen un peso analítico diferencial.

### a. Dimensión clasista:

Es sin duda, el eje analítico más significativo para comprender el fenómeno cultural. Se refiere a destacar que el carácter de las relaciones que establecen las personas en el proceso de la producción, contribuye a formar esquemas culturales comunes capaces de explicar, sancionar o cuestionar su existencia social como un todo.

En dichos esquemas se contempla por tanto, desde los saberes propios de la actividad económica compartida, hasta los diversos grados de concebir y defender sus intereses peculiares como clase, pasando por la gestación de una visión peculiar respecto de los vínculos con el medio social y natural.

Así por ejemplo, la relación laboral en que participa un pequeño productor agrícola, hace que su percepción del tiempo tenga parámetros peculiares que remiten a mediciones según la costumbre, como el jornal o la fajina, respecto de los cuales fija los límites de su trabajo. En contraste, la trabajadora de una empresa ensambladora bajo la

modalidad de maquila, sabe que su ritmo de trabajo tiene que estar acorde con las exigencias del cronómetro del supervisor, sin importarle para nada si es verano o invierno, si se está en canículas o en llena de marzo.

Al señalar la experiencia de clase como criterio fundamental para entender los fenómenos culturales, no se está restringiendo el análisis exclusivamente a las manifestaciones económicas. Más bien, las relaciones sociales concertadas entre las personas para enfrentar la producción de la vida material y en consecuencia, la posición respecto a las condiciones objetivas en que se enmarca su trabajo, son el cimiento sobre el que se gestan las restantes dimensiones sociales, políticas e ideológicas de su existencia.

Al asumir un determinado rol económico en la sociedad, por ejemplo el de vendedor ambulante por las calles de nuestra ciudad capital, no solamente se entablan una serie de relaciones sociales con claro contenido económico con el proveedor de los bienes que se expenden con los clientes, con otros vendedores, con la proveedora de comida, el policía, el vigía, el limosnero, el carterista y otros personajes del medio urbano, con su propia familia y allegados e incluso hasta con el gobierno local. Alrededor de estos vínculos se va tejiendo toda una forma de vida, una manera de expresarse verbal y corporalmente, de organizar el espacio, de entender el mundo, de tomar posición ante los problemas específicos que enfrentan y ante los problemas nacionales, de practicar la solidaridad y el antagonismo, de organizarse, una forma de

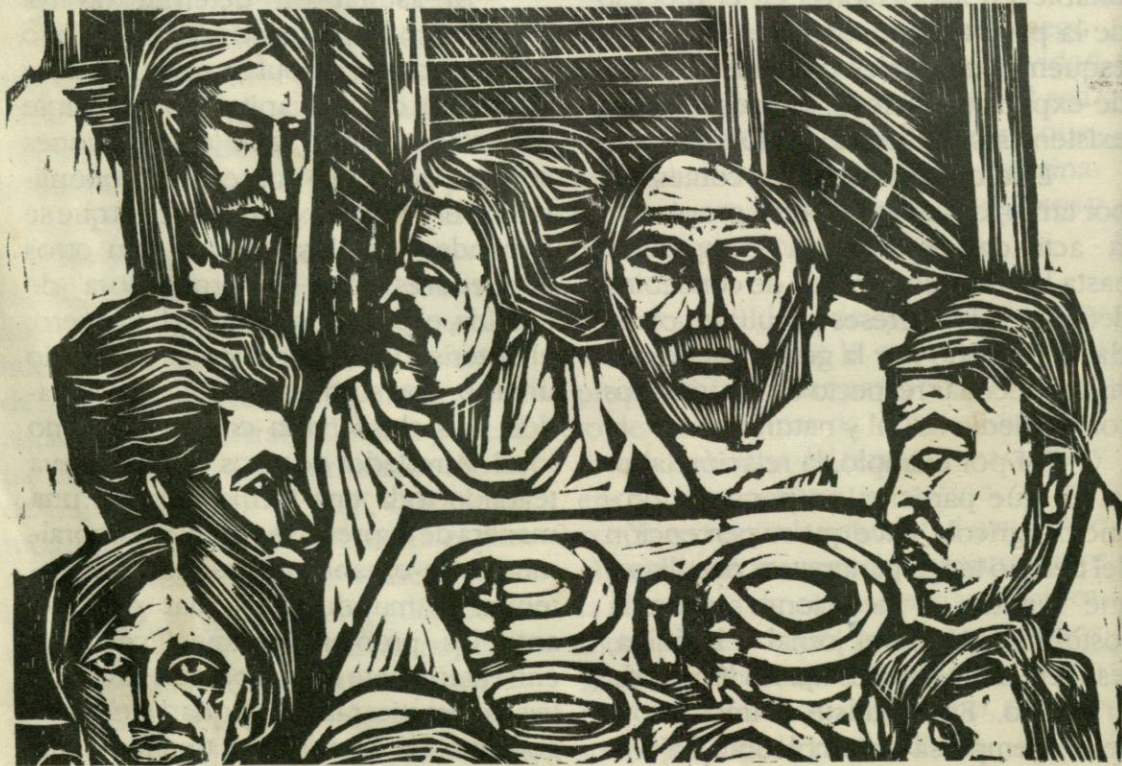


ver a los otros sectores sociales y de explicar el carácter de su interacción. En fin, visto desde esta perspectiva, el enfoque clasista dista de ser sinónimo de enfoque económico, no obstante, lo asume como su base explicativa.

Ahora bien, es claro que la situación de clase de las personas no es eterna e inmutable, que las personas experimentan modificaciones en sus condiciones de trabajo, aún desempeñándose en la misma ocupación o bien cambian de ocupación a lo largo de sus vidas. Aquel jornalero guanacasteco dedicado a pisar algodón o a cortar caña en tiempo de zafra, puede en otro momento convertirse en trabajador por cuenta propia, como leñador o bien alquilar bote y aperos e irse a la mar, a buscar extraer de ella el sustento para su familia. O bien el caso del obrero bana-

nero del Atlántico que, al ser separado de su trabajo, una vez rebasados sus años de mayor productividad, consigue constituirse en campesino. Igualmente variable es la situación de aquel que ocupando un puesto como asalariado en una empresa, se desempeña en distintas posiciones: en este caso es claro que sus roles como misceláneo, ayudante de bodega, chófer, vendedor, gerente de ventas, etc., van a implicar modificaciones en su situación como trabajador.

El razonamiento anterior conduce al reconocimiento de que existe una dinámica histórica de las clases y que conceptos como "lo popular", connotan un carácter pluriclasista que, fundamentado en condiciones reales de subordinación económica directa e indirecta, se encuentra en construcción permanente.



Desde una perspectiva más amplia, si el carácter de la sociedad es asimétrico en su estructura económica y política, la producción cultural se gesta alimentada por esa modalidad contrapuesta y puede expresar, en consecuencia aspectos contradictorios y visiones antagónicas. Es un hecho que de acuerdo con la correlación de fuerzas sociales se imponen, con diferente intensidad los esquemas culturales de los sectores dominantes, con lo cual se afianza su posición hegemónica. Lo anterior no implica que los sectores subalternos queden reducidos a esa posición de receptores pasivos, dado que sus condiciones objetivas de trabajo y de existencia social en general, permiten no solamente generar sus propios esquemas culturales, sino además reelaborar los códigos impuestos, creando no pocas veces productos sincréticos, novedosos en su síntesis.

**b. Dimensión Étnica:**

El fenómeno étnico presenta una especificidad propia que valida su reconocimiento como otra dimensión del análisis cultural. Ello no implica, sin embargo, que pueda ser aislado del contexto clasista; más bien, en sociedades complejas es allí donde se sitúan los límites de su reproducción.

¿En qué consiste la cuestión étnica? Fundamentalmente, en la posibilidad de los grupos étnicos por desarrollar modalidades culturales propias, contrastantes con la cultura nacional. En otras palabras, cómo los grupos étnicos -entendidos éstos como grupos que definen su identificación en función de portar y recrear permanente-

mente una cultura que les es propia-resuelven históricamente el derecho que les asiste a ser diferentes respecto del contexto nacional en que se inscriben.

Malékus, Teribes, Bruncas, Guaymies, Bribris y Cabécares, están casi ausentes de lo que tradicionalmente se conceptualiza como el panorama cultural de Costa Rica. Igual suerte corren los afrocostarricenses y los grupos de diversas ascendencias como, china e hindú, radicados en nuestro país.

El negar de un plumazo en la historia oficial, la existencia del acervo cultural de estos costarricenses, no resuelve la situación. Por el contrario, la búsqueda de un conocimiento riguroso de la cultura costarricense, debe pasar necesariamente no sólo por reconocer la existencia de los diversos grupos étnicos, sino fundamentalmente por analizar los procesos en que se gesta su identidad y los condicionantes propios de la organización clasista de la sociedad en su conjunto. Lo anterior supone, por supuesto, reconocer la dimensión clasista de los componentes de los grupos étnicos, así como por considerar sus reivindicaciones específicas.

**c. Dimensión Regional:**

Esta faceta del análisis cultural, tradicionalmente ha tendido a postularse como desvinculada de las dos anteriores. Así, se ha hablado por ejemplo de la cultura guanacasteca, de la cultura limonense o del Valle Central, haciendo alusión a una serie de rasgos culturales destacados como típicos de esos contextos espaciales. Se considera que es la región, o más bien el lugar, el que con-



tiene la esencia de una peculiaridad cultural y que por tanto, basta con enumerar los elementos que le son característicos.

Cambiando la óptica del análisis, podemos decir más bien que es por el carácter histórico en que se ha expresado la dimensión clasista y en ocasiones la dimensión étnica, que se moldean los contornos de ciertos espacios y se posibilita su reconocimiento como regiones culturales.

Así por ejemplo, a partir de la segunda mitad del siglo pasado, el litoral Atlántico se perfila como un espacio contrastante con el resto del país, al experimentar la construcción del ferrocarril y la producción bananera con capital transnacional, así como la afluencia de inmigrantes extranjeros y de otros puntos del territorio nacional. En el siglo pasado, la cultura generada al calor de la articulación de las clases y del crisol étnico que se propició a raíz de lo anterior, se expresaron en un espacio susceptible de ser concebido como Región Atlántica. En la actualidad, los límites regionales de hecho han variado, dado el actual engranaje de las clases sociales y la dinámica étnica que se experimenta.

Lo anterior remite a destacar por una parte, el hecho de que las culturas no son productos estáticos y por otra, a reiterar el carácter histórico de las regiones culturales que se postulan.

### 3. Cultura nacional y patrimonio cultural: ¿para qué?

En apariencia, esta pregunta resulta muy sencilla de responder. No obstante, al analizar con detenimiento

los procesos de construcción de la cultura nacional y del patrimonio cultural, así como sus manifestaciones actuales, se nota que para precisar una respuesta, resulta necesario no solamente clarificar el sentido mismo de estos términos, sino además y fundamentalmente, reflexionar sobre la participación que en estos ámbitos han tenido, tienen y pueden tener los distintos componentes de la sociedad.

Al aceptar que la cultura constituye una herencia social en permanente transformación, entendemos que el rumbo de su desarrollo responde en términos generales, al carácter contradictorio de la sociedad. Vale decir, existen de hecho varias maneras de "pensar" la cultura que tienden a coincidir con las varias maneras de "vivir" la cultura. Además, a raíz de ese carácter social contrapuesto, las modalidades de interacción entre los productos culturales creados es desigual, de la misma manera que resultan asimétricos los canales de distribución y consumo de la cultura.

Una ilustración de lo anterior lo constituye los cambios en los patrones dietéticos, es decir, en los tipos de comidas que la gente prepara y consume. Los sectores sociales económicamente dominantes, con alta capacidad adquisitiva, han tenido predilección por consumir alimentos procesados industrialmente (por ejemplo, verduras y frutas en conserva, carnes y pescados enlatados, embutidos, refrescos gaseosos, bocadillos empacados, etc.) No obstante, de manera reciente, los patrones alimenticios de estos sectores comienzan a cambiar poco a poco, de

forma que se busca incorporar intencionalmente el consumo y procesamiento de alimentos frescos, ricos en nutrientes y fibra, dado su acceso e información que señala sus amplias ventajas respecto de los alimentos envasados y químicamente preservados. En contraste, los sectores sociales con menor capacidad adquisitiva, tienden a mirar con desdén la dieta tradicional (arroz, frijoles, picadillos, sopas, tortillas, frescos naturales, frutas, etc.) y a aspirar el consumo de todos aquellos modernos productos que la publicidad presenta con coloridas etiquetas.

las principales dificultades al abordar el tema de la cultura nacional y del patrimonio cultural, sea precisamente el de aportar un retrato realista de la situación. Poco se avanza en el intento cuando se pretende etiquetar determinadas manifestaciones como pertenecientes por derecho propio, a estos ámbitos.

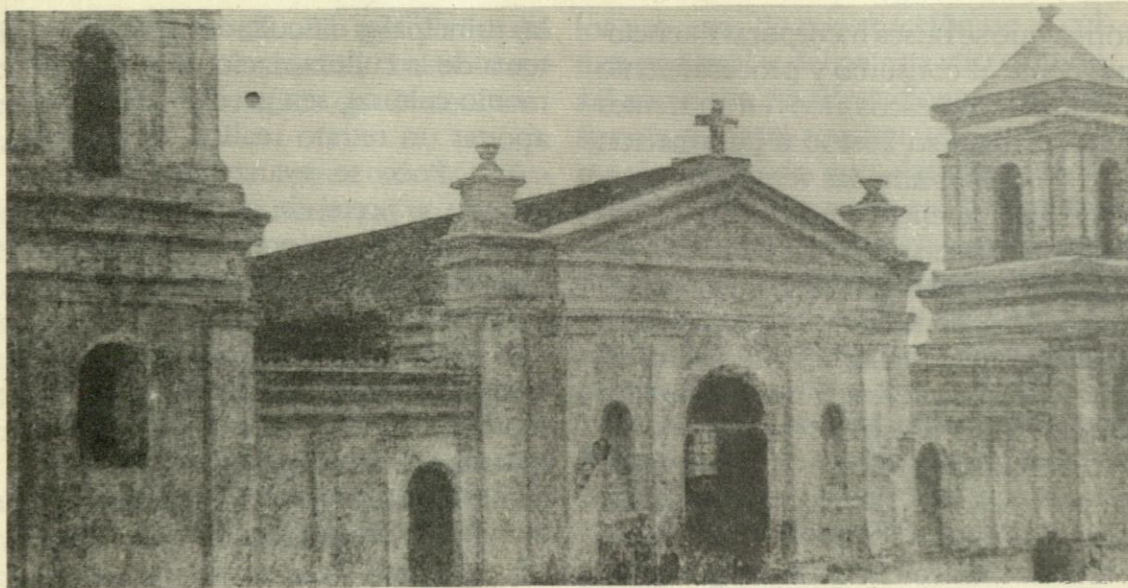
Por ejemplo, al decir que la carreta decorada con sus vistosos colores es representativa de Costa Rica, deben tenerse en cuenta algunas consideraciones. Por una parte, constituye una manifestación regional dado que es



El tratar de establecer generalizaciones sobre las prácticas culturales propias de un país, sin atender al análisis histórico de las bases sociales que generan, difunden y se apropian de la cultura, puede resultar un esfuerzo estéril, cuando no, una distorsión mistificante de la realidad. He aquí que una de

característica del Valle Central; además, la carreta representa una forma de recordar la historia de ese espacio, con sus pequeños productores agrícolas y las grandes fincas cafetaleras, los trapiches y los beneficios, los días de mercado y los viajes al puerto de Puntarenas para exportar el "grano de oro". A la carreta





se asocian procesos de trabajo tradicionales y formas de interacción social, -la escogencia y entrenamiento de la yunta de bueyes, la costumbre del sesteo, por ejemplo-, además de expresar en sí misma criterios estéticos tanto gráficos, en los diseños de triángulos y colochos, o sonoros, con el "canto" que emiten las ruedas. Por otra parte, si nos detenemos a analizar el uso actual de la carreta, notamos variaciones significativas, puesto que literalmente se ha desplazado de los caminos fangosos que le dieron su razón de ser, a la sala de exposición de la tienda de souvenirs, donde es adquirida especialmente por el turista. Entonces, si solamente postulamos el objeto-carreta como algo "típico" de nuestro país, sin considerar la memoria histórica que connota y sin atender a las modalidades de su producción, difusión y usos, no estamos sino creando un estereotipo vacío.

¿Es posible hablar de una cultura nacional? ¿Qué relación tiene ésta con el

patrimonio cultural? ¿Serán acaso sinónimos?

Como se desprende de anteriores razonamientos, no existe *una* cultura nacional, aunque se trate falsamente de asimilar ésta a la cultura de los sectores elitistas de la sociedad. Más bien, en la cultura nacional se expresa el conjunto articulado y contrapuesto de las diversas prácticas culturales de las clases sociales, de los grupos étnicos, de las distintas regiones del país. Es claro que desde la perspectiva oficial se trate de producir una síntesis conciliatoria de esta diversidad que, tomando como eje central el modelo de vida y visión del mundo de los sectores dominantes, busque incorporar fragmentos de producciones culturales generados en los sectores populares, a fin de producir una imagen de lo nacional, una construcción de la nacionalidad, capaz de no antagonizar con sus intereses fundamentales y de aportar un sentido de cohesión e identidad al conjunto de la sociedad.

Es importante aprehender el sentido real de la cultura nacional, para así tener capacidad de intervenir más claramente en la dirección de su desarrollo. A este respecto resulta útil incorporar la noción de "control cultural", propuesta por Guillermo Bonfil (1982:134) que hace referencia a la capacidad social de decisión sobre los recursos culturales, es decir, sobre todos aquellos componentes de una cultura que deben ponerse en juego para identificar las necesidades, los problemas y las aspiraciones de la propia sociedad, e intentar satisfacerlas, resolverlas y cumplirlas. Así pues, el autor señala que pueden utilizarse tanto recursos autóctonos de la cultura, como externo a ésta y que, según sea la capacidad de decisión que se tenga al respecto, puede prevalecer la práctica de una cultura propia -si se opta por prácticas culturales autónomas y apropiadas-, o bien de una cultura ajena a la propia -si la opción apunta a practicar modalidades de cultura impuesta o enajenada-.

Resulta claro entonces que en la cultura nacional se encuentran presentes, con diferentes grados de intensidad, estos componentes. Lo anterior remite a reconocer que la cultura de un país no es una isla, sino que participa de contactos culturales con otros contextos y que esta interacción puede ser desigual en concordancia con el carácter de las relaciones económicas y políticas internacionales. En consecuencia, además de los elementos culturales autóctonos, la cultura nacional adopta elementos foráneos, bien sea por voluntad propia, bien por una imposición, sutil o violenta, que puede llevar incluso a distorsionar y desnaturalizar la propia cultura.

Llegado a este punto notamos que no es posible el reconocimiento de la cultura nacional como sinónimo de patrimonio cultural. Más bien, el término mismo de patrimonio cultural alude a un derecho de apropiación colectiva *inalienable*, de aquellas facetas de la realidad cultural del país capaces de dar a sus miembros una identidad como grupo, que les posibilite la visualización de un destino compartido, que se asiente en raíces históricas comunes y en el reconocimiento de las diferentes fuerzas sociales que convergen en la producción, difusión y uso de la cultura. De esta manera y siguiendo con la terminología anterior, forma parte del patrimonio cultural costarricense solamente la cultura propia y no hay espacio en él para la cultura ajena.

En este sentido, el patrimonio cultural supone una voluntad por reivindicar la cultura y hacerla propia, que necesariamente debe proyectarse al plano de la política, entendida ésta en un sentido amplio, como la capacidad de los grupos sociales por ver representados sus intereses, necesidades y aspiraciones. Así pues, en las políticas culturales que surgen de los Ministerios, las Municipalidades, las fundaciones y asociaciones privadas o de bien social, las casas de cultura, los sindicatos o las organizaciones solidaristas, por citar algunas instancias, se expresa también de hecho el carácter contrapuesto de la sociedad en su conjunto. La cultura es entonces, además, una arena política y el desarrollo cultural, la manifestación de la correlación de las fuerzas sociales, en donde toman parte según Brunner (1987:200), tanto los agentes culturales establecidos y relativamente institucio-



nalizados, como aquellos que participan en microcircuitos de interacción y comunicación, en la dimensión de la cultura cotidiana. El reconocimiento de la cultura, desde esta óptica posibilita entonces, una participación más consciente y activa en su desarrollo, capaz de hacer cada vez más nuestra, la cultura de cada día.

**Bibliografía**

Bonfil Batalla, Guillermo. El etnodesarrollo: sus premisas jurídicas, políticas y de organización, en **FLACSO América Latina: Etnodesarrollo y Etnocidio**. San José: Ed. FLACSO. 1982.

Brunner, José Joaquín. Políticas culturales y democracia: hacia una teoría de las oportunidades, en García Canclini (Ed.) **Políticas culturales en América Latina**. México: Editorial Grijalbo, 1987.

Díaz-Polanco, Héctor. **La cuestión étnico-nacional**. México: Editorial Línea, 1985.

Díaz Polanco, Héctor. **Etnia, nación y política**. México: Juan Pablos Ed., 1987.

García Canclini, Néstor. **Las culturas populares en el capitalismo**. México: Editorial Nueva Imagen, 1984.

\_\_\_\_\_. **Políticas culturales y crisis de desarrollo, un balance latinoamericano**, México: Editorial Nueva Imagen, 1984.

# LATINO SOY: CUMBIA POR EL GRUPO LA EMPRESA

Oscar M. Fonseca Zamora

*A mi hijo Eduardo José, quien con deleite escucha la música latinoamericana.*

*Aún en libros que yo calificaría de "conservadores" encontramos afirmaciones como la siguiente:*

*"A menudo se ha insistido en la creencia práctica de la existencia de varias Américas Latinas. Claro, aquí no nos ocuparemos de quienes se interesan en que haya real o ficticiamente varias Américas Latinas porque sus argumentos sólo justifican el lema **Divide et impera**" (1)*